



De afectos y deseos
María Eugenia Caseiro

La incógnita en torno al paradero de mi nariz, que ya había trascendido en importancia a la pérdida del cerebro, se convirtió en motivo forzoso para tratar de recuperar la calabeza. A excepción de las orejas y el rango de nobleza que siempre me otorgó la nariz, todo en mí es horrible, poco práctico y falto de gracia. Añadidos algunos desvíos que, ya lo dice el vocablo, no conducen a parte alguna, siempre he sido feo; el cuerpecito raído por el comején y la polilla; las patas de pollo sin remedio; los dientes jorobados como agujas de gancho; los ojos disímiles, bastante distanciados el uno del otro, por ende la vista tan torcida que mientras un ojo trata de enfocarse, el otro gira espasmódica e irremediamente en dirección opuesta. Había que estar loco para hablarme a mí, precisamente a mí, de afectos y deseos.

No tengo parientes y si los tuviese no los conozco; tal vez por eso no hay a mi alrededor nadie que se me parezca. Sin rastros de talento, aunque puede que con algo de intuición, vaya usted a saber dónde puse la calabeza cuando me quedé dormido sobre el banco de aquella macabra frase. Sólo sé que desperté, si a alguien que ha extraviado su calabeza puede considerársele despierto, poseído por el dolor de la mutilación. Para ese entonces, tirado en un rincón, había perdido lo único bueno y hasta ese día puro, que tuve en toda mi vida: el cerebro.

El cerebro era lo más importante de todo cuanto resueltamente intenté conservar, manteniéndole lejos de la contaminación del pensamiento. Desde que vine al mundo, lo llevé oculto dentro de la calabeza soportada por el pescuezo, trabado a su vez a un carapacho que hoy es mi único asidero. ¡Ay, qué mala pata!, perder la calabeza de ojos de color azul hado como el vestido de la muñeca¹; una maraña de cabellos rojizos iguales al plumero de Gabilondo²; las orejas, ¡diosmín!, ¡qué orejas tan hermosas!, como carpas de circo en las que podía colgar zarcillos de coloridas y retozonas lagartijas que luego devolvía a la libertad de sus cándidas y diminutas selvas... Si el día en que alguien articuló aquella frasecita hubiesen estado taponadas mis orejas, hoy no me hallara contándoles esta historia, pero ese detalle fue la causa de una avería atroz: la pérdida de mi calabeza, porque, si bien aquellas orejas eran globos primorosos, tenían la infame particularidad de afilarse sobre la piedra del sonido. A veces un sonido puede convertirse en algo terrible. Cuando ese algo terrible impone su peso sobre la débil curvatura de lo tolerable, la necesidad de taponar los arcaduces bajo las capas de circo se hace perentoria. He ahí que mientras lo terrible asestaba su golpe, no había sonido capaz de llegar al cerebro a través de mis orejas taponadas.

Hubo un día, o una noche, en que esos arcaduces comenzaron a mostrar indiferencia ante la importancia de clasificar los sonidos. El peso de lo terrible se redujo a las trifulcas entre gatos peleándose el amor de cualquier gata de barrio en noches de luna. Perdí entonces la costumbre de interceptar los ruidos que de manera indefectible alcanzaban tangencialmente las regiones prohibidas del cerebro. Por eso, cuando la frase entró de repente por los agujeros descubiertos, el cerebro comenzó a emitir extrañas señales. Sentí que todo mi ser se desplomaba y una especie de marasmo, del que no fue fácil desprenderme, se apoderó de

¹Tengo una muñeca vestida de azul....canción infantil

² Francisco Gabilondo: compositor de *La Muñeca Fea*

mí al tiempo que de mis ojos chuecos brotaban lagrimitas de aserrín. Comprendí entonces que el cerebro sufría los síntomas naturales de haber comenzado a pensar.

Cómo me dolió perder la calabeza, con aquel cerebro que había llevado con decoro hasta el día en que, luego de escuchar las macabras palabritas, me asaltaron las dudas propias del raciocinio. ¡Ah, mi calabeza!, con su bocaván y su guargüero para matar el hambre..., también de angustia a los vecinos cuando me daba por cantar. Con una nariz, ya lo he dicho antes lejos de toda modestia, que pudo ser la envidia del mismísimo Pinocho, por su manera natural de crecer sana y hermosa, a diferencia de que nunca necesitamos ella y yo del artificio de la mentira para disfrazarla de grandeza (léase largura si se siente más cómodo con el término). Lo peor es que a pesar de perder la calabeza por acodarme y de una vez caer sobre frase tan ridícula y falta de sentido como aquélla, mi cerebro, estuviese donde estuviese, daba señales de seguir pensando. ¡Ah, misterio! Más sorprendente aún es que luego de extraviarlo y además de continuar con su búsqueda, la terrible condición no ha sido impedimento para relatarles los terribles acontecimientos. No obstante lo espantoso de la situación, me quedan estas piltrafas que cuelgan del gajo viviente que tengo por cuerpo, motivo por el que todavía puedo extenderlas para golpear este artefacto mágico lleno de claves y códigos, y para no tropezar mientras los pies recorren campos y ciudades a la caza de algún rastro de pensamiento que sirva para rescatar mi nariz. Sí, fortuitos lectores, porque el infame que emitió la siniestra frase fue portador de una nueva y pavorosa conjetura que terminó por aterrarme: creía en la posibilidad de que aún alejada del cuerpo, pero prendida a la calabeza, mi nariz continuaría aumentando de tamaño. ¡Qué espanto! Aunque ya no había manera de que tal pormenor añadiese mayor importancia a la pérdida de cerebro y, menos aún, a que alguien se animara a tomarme en serio, era menester comprobar si mi nariz, que habitaba la calabeza ahora trunca, seguía creciendo, porque una vez sin carapacho y sin pescuezo, bien pudo la calabeza en busca de nutrientes echar raíces en el lugar de su paradero. Sería asunto de interés conocer ese lugar, saber en qué posición quedó la nariz. De quedar ésta con el vértice apuntando hacia lo alto, crecería hasta llegar al firmamento, de tal forma que este pobre monigote que soy perdería la oportunidad de oler la gloria de los cielos, apartado como es de suponer de su nariz. De hallarse la misma dispuesta hacia cualquier lateral, podría desarrollarse la infeliz hasta caer al mar y ser devorada por los tiberones o cualquier otro psecuático; de otra forma, avanzar hasta tropezar con una montaña y estrellarse en infame ridículo. ¡Tremebundo! Lo peor podría darse en el caso de quedar la punta de mi nariz hacia abajo, cuestión que considero improbable dadas las características de mis ojos antes descritas. En tal lamentable posición, podría ser aplastada por el peso de la propia calabeza y, ¡ah, pobre de ella!, sucumbiría asfixiada antes de alcanzar el centro de la tierra. Morir por asfixia es una idea que no soporto, así que una vez que se hace necesario pensar, prefiero morir de idea que no de asfixia. He aquí, ya presentes, las pavorosas consecuencias de un cerebro pensante. Pero como alguna vez escuché que siempre debe uno extraer el saldo positivo hasta de la peor experiencia, a partir de aquel momento el dilema de las posibles rutas tomadas por mi nariz y sus consecuentes desenlaces, unido al propósito de llegar al fondo del asunto, proporcionaron nueva y trascendental razón a mi vida, antes vacía y carente de incentivos.

Utilizando esa cierta intuición de que hablaba al principio y que en algún momento podría conducirme a buenos resultados (créanlo o no, todavía sigo en busca del paradero de mi calabeza a pesar de haber transcurrido casi medio siglo desde tal pérdida), he comenzado a

dar pasos (léase troncazos) en un ámbito que no acierto a entender, ni le sirvo de mucho, pero del que logro servirme al sacar chispas cuando aporreo las teclas y los alambres de estos extraños aparatos para dar un poco de corriente a lo que aún hay de corabazón (entiéndase según lata el suyo en su cajón torácico) en el centro de este burdo carapacho que lo envuelve. Ahora bien, el continuar con vida, y sobre todo saludable, a pesar del tiempo transcurrido y la falta de calabeza, sí ha servido para algo. Tanto entidades científicas como instituciones religiosas, se hallan sumidas en interminables debates acerca de *basamentos* y *parámetros* (nuevas palabritas como para descalabazar a quiénes todavía sean descalabezables, porque a mí ya nada afectan). También ha servido para que eruditos (inmoderados y conservadores) se internen en el rescate unos, en la proscripción otros, de antiguas teorías, o presuman novedosos sistemas de asumir la existencia. Además de todo esto, sirvo como modelo de estudio para tratar el retraso del proceso de envejecimiento y alargar el período de vida en otros seres por medio de experimentos que incluyen reinstaurar el sistema de guillotina en sustitución de métodos como la cirugía cosmética, el consumo de corticoides, vitaminoides, esteroides, contaminoides y otros de la interminable lista de procedimientos que, se ha comprobado, van en detrimento del desarrollo de la sociedad, de cada cerebro en lo individual y de la conciencia colectiva, además de ser dispendiosos y tan caducos como faltos de originalidad. Sépase que esto último es lo que más concierne hoy día a los avezados en el tema.

Ya no hay manera de que nadie se interese por mis *afectos*, mucho menos por mis *deseos* que pueden recogerse y tirarse a la basura (como mis antiguas lagrimitas de aserrín) y el empeño por mantener un cerebro libre de ideas; sin embargo, para todos aquellos que han perdido la calabeza, soy ejemplo vivo de que pueden surgir nuevas motivaciones en sus vidas. También, para quienes la conserven aún sobre el pescuezo, sepan que sólo serán verdaderamente felices cuando habiéndola perdido, sientan la necesidad de encontrarla.

Ciudad de Miami, 2006

María Eugenia Caseiro. Narradora y poeta cubana. Reside en Miami. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas del Caribe, de la Unión Hispanoamericana de Escritores, de la Asociación Caribeña de de Estudios del Caribe y Miembro Colaborador de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE). Integra la Muestra Permanente de Poesía Siglo XXI de la Asociación Prometeo de Poesía y el Consejo Editorial de La Peregrina Magazin. Ha participado como jurado en certámenes literarios. Ha obtenido reconocimientos por dedicación a la difusión de la cultura. Premio José María Heredia, Primer Premio Narrativa Artesanías Literarias, Primer Premio Poesía Carta Lírica 2011. Ha publicado *Nueve cuentos para recrear el café* en versión bilingüe, español y francés, y el libro de poemas, *ESCAPARATE, el caos ordenado del poeta*, que reúne varias épocas de su poesía.